

EL PORVENIR DEL OBRERO

Núm. 84. MAHÓN 7 Diciembre de 1901.

OFICINAS: CALLE DE LAS MORERAS, 12, PISO 2.º EN MAHÓN (ISLAS BALEARES)

APARECE CUANDO PUEDE. PRECIO: 5 cénts.

Provincia de

St. D.

¡E PUR SI MUOVE!

Y no obstante, se mueve»: así exclamaba Galileo, al retractarse (forzado por los tormentos de la inquisición) del sublime descubrimiento que publicó acerca de la marcha de nuestro globo, enseñando á los futuros anárquicos, y á cuantos, amadores de la verdad, hallen una de sus fórmulas, que, ni á riesgo de la vida, dejen de propalarla.

Siguiendo tan loable ejemplo, hétenos, hoy, difundiendo la *huelga general*, esa palanca de Arquímedes, tan sencilla como eficaz, que el matemático de Siracusa, buscaba para remover el mundo.

En efecto, allá por los años de 1884, en el bello rincón fabril llamado Sabadell, dábamos á luz un humilde folleto titulado «Conferencias socialistas por Chibelnoir (nuestro segundo apellido, porque chibel, en árabe, es monte; y noir, en francés, negro) en cuyas páginas 71 á 82, dijimos lo siguiente:

¡ALTO LAS HUELGAS!

Compañeros y Compañeras.

SALUD.

Voy á espresaros un pensamiento que siendo aislado acaso adolezca de error, pero que juzgo útil someterlo á vuestro criterio, por la trascendencia que encierra y como débil prueba de afecto inextinguible hácia el bien general.

En la lucha irreconciliable que el socialismo tiene entablada con la burguesía y que ha de finalizar con la extinción de esta, creyeron nuestros antecesores que concertándose, á costa de todos los sacrificios posibles, para detener la producción, impidiendo las ganancias del burgués, esgrimían el arma más potente y garantizadora del triunfo del Proletario; ya consiguiendo aumento en el misero jornal, ora disminuyendo el plazo de la fatiga diaria.

Tal conducta no estaba completamente desprovista de lógica, desconociendo que nuestro fin es suprimir el salariado.

La codicia del explotador era fuertemente castigada con la nulidad de sus beneficios venideros. La condición del Trabajador, triunfante en la huelga, mejoraba un poco. El número de los forzosamente desocupados, disminuía. Y la solidaridad entre los combatientes, aparentaba fijarse.

Era, todo esto, la risueña faz de la batalla.

Pero, ¡ah Compañeros, cuánta decepción y qué chascos tan lastimosos en el resultado!

La huelga, el arma esgrimida por los Trabajadores, tiene dos filos: rasga con uno el bolsillo del capitalista que ha de llenarse, porque al repleto nada le quita; corta con el otro la mano y las entrañas del infeliz que está en paro. El explotador deja de ganar algunos cuartos. El Obrero pierde, unas veces la vida, otras la paciencia, y, casi siempre, la unión. Cuando el burgués, vencido, se hunde, la internacional del oro, que es más antigua que la nuestra, lo levanta y rehabilita: cuando el Obrero sucumbe... adios sección de oficio, adios confianza en los directores... murió el esfuerzo, la solidaridad, la fé en las ideas, ¡todo! y si el Obrero gana, ¿qué punto de comparación guarda la mezquina ventaja de un ochavo de mejora, con el hambre y las fatigas que gastó para conseguirlo? Solo puede decir lo que aquél capitán que muerta toda su gen-

te, pero salva la bandera, exclamaba: «¡todo se ha perdido menos el honor!»

Una cosa es la ilusión y otra la realidad. La primera no está comprobada por la experiencia, es lo vulgarmente llamado utopía, que podrá, mañana, ser verdad ó no. Los hechos son los axiomas que no necesitan demostración.

Si cuando se entabla una huelga y el burgués no cede ante razones ni súplicas, desapareciera, entre ruinas y escombros, su fábrica, acaso sus otros colegas se mirarian mucho en provocarla de nuevo; pero tal procedimiento exige dos consideraciones: ¿fuera justo? fuera posible? Son muy discutibles ambas cosas y la solución la llevaría al congreso de los ratones: ¿quién le pone el cascabel al gato?

De mil maneras se han probado las huelgas y hoy vemos que sus resultados son negativos. El tiempo, el valor y el dinero, en ellas invertidos por los Trabajadores, representan un capital tan inmenso, que, si nos parásemos á considerarlo, si tuviésemos los necesarios datos estadísticos para constarlo, seguramente nos asustaríamos de nuestra propia obra y de la esterilidad con que hemos derrochado fuerzas tan inconmensurables.

La cooperación y la huelga son narcóticos que la ciencia sociológica reconoce perjudiciales.

¿Qué le importa al burgués perder en una huelga, si tanto como le suba el coste de producción de las cosas, otro tanto aumentará su valor en venta, que el consumidor, el último mono, ha de pagar?

¿No veis, Compañeros, que la burguesía está tan arteramente organizada que gana cuando pierde y cuando gana?

¿No veis que todo es una farsa, cambio de nombres y verdadero juego de prestidigitación?

Los burgueses son Canonge y los Obreros el público tonto. Y, en prueba de ello; ¿á quién, nosotros mismos llamamos productor? ¿al que realmente produce trabajando, ó al vampiro que explota? ¿Cuál es la riqueza, según nuestro propio diccionario equivocado, la tierra yerma ó el agrícola que la cultiva; la fábrica con toda su maquinaria parada ó el Obrero que la mueve; el tren, el buque, las mercancías estacionadas ó los hombres que los impulsan ó trasladan?

¡Ah, cuánto error y cuánta picardía! ¡qué manera de engañarnos y qué desgracia dejarnos engañar así!

El productor es el Obrero: la riqueza es el trabajo. Sin el esfuerzo humano no hay valor ni utilidad en cosa alguna. De modo que si los que hacen las riquezas carecen de ellas, alguien hay que se las roba, que se las usurpa, y ese alguien es el burgués por medio de sus agentes llamados clases sociales, ó sean política, religión y propiedad.

Demoler eso, es lo que nos interesa. Acometerlo con acierto y seguridad de triunfo, lo que nos importa. Ya los Congresos van poniendo el dedo en la llaga; primero, rechazando las huelgas insolidarias, después atajando su uso cuanto les es dable, y, por último, con el estudio de la única que debe hacerse y emplearse... ¡el paro general! Esa si que es huelga útil para los trabajadores; esa si que será arma de punta que penetrando en el corazón de la burguesía la matará; esa si que será la huelga última.

Tres días de hambre, pero ¡bah!, nuestros estómagos acostumbrados á cuaremas sin indulgencias, bien podrán soportar 72 horas con agua y hierbas más ó menos cocidas; y los Señoritos y Señoritas... ¡qué apuros! Entonces los cien mil y pico de soldados, Guardias civiles, polizontes y demás servidores, trabajarán como unos desesperados, pero el pan se les quemará; el chocolate y la olla se irán por el fuego; las máquinas estallarán como cohetes de función de pueblo, carbonizando, de paso, algunos centenares ó miles de inexpertos manejadores; los carros y coches, desbocados unos, sin enganchar otros; los grandes fardos y pesos respetados por las delicadas manos que no podrán moverlos; el yun-

que silencioso; la garlopa, la llana y la lezna, descansando; las tiendas cerradas, los cafés, restaurantes, fondas y tabernas, sin despacho ni sirvientes; los trenes sin maquinistas; los barcos sin marineros; sin curso los canales de riego; quieto el arado, la hoz y las mulas; abiertos y abandonados los rediles; sin pastores los rebaños; nosotros, los *bandidos* sociales, paseando; la elegante dama, ojerosa y en *deshabille*, con una espuerta yendo á comprar el comestible que no se vende; y el magnate, con una cuba al hombro, mirando, á través de los quevedos si le dejan coger agua en la enjuta fuente: todo, todo en amable desorden, almacenes que comienzan á descerrajarse... en fin, el reinado feliz de la anarquía (?) y del crujir de huesos y rechinar de dientes que pintó S. Juan en el Apocalipsis y el estúpido capital se lo finge y cree.

¡Oh, qué placer!

Un general abarcando con su fajin, recamado de oro, algún saco de garbanzos que apresuradamente llevará á palacio para que la familia de S. E. guise... Un magistrado con toga y birrete que, con toda solemnidad, conduce el último puchero de aceite conseguido en el almacén de al lado para condimentar el potagillo, único alimento del día... Un reverendo Obispo con mitra y báculo que, olvidando bendiciones, lleva á cuestras una cargueta de leña para que su Ilma. mayordoma le encienda... el hogar.

¡Y á todo esto los pícaros socialistas codeando y empujando por las calles para que se le caigan los garbanzos al General, el aceite al Magistrado y la leña al Obispo! En tan amargo trance ¿qué harán los de la Benemérita, si también tendrán ellos las manos negras, y ocupados en las faenas domésticas, no podrán manejar el Remington? Vamos; solo con pensarlo hay para morir de gusto: ¡qué será si lo vemos!

Compañeros y compañeras: os oigo decir: «¡lástima que no sea verdad tanta belleza!» pero os aseguro que en vuestra mano está el conseguirla.

El año venidero podríamos verlo, si, en lugar de las disidencias que nos arruinan, del egoísmo que al estilo burgués nos avasalla y de las ruindades, vicios y supersticiones que nos esclavizan, quisiéramos, con enérgico propósito, purificarnos y ser dignos.

Mal haya el necio afán de encumbrarnos y distinguirnos de los demás. Perversa idea la de fingir lo que no se siente, y entrar en una sección y cotizar los que, en vez de ser socialistas abnegados, aspiran á burgués y, si pudieran, explotarian más que los de hoy. Infamia y procacidad sin perdón, la de todos aquellos que echándose de revolucionarios, ateos y libertadores, solo producen desunión entre los compañeros, y es su conducta perenne ejemplo de inmoralidad.

El compañero ó compañera que sabiendo y diciendo que las religiones son una farsa, continua rindiéndolas culto, es un hipócrita. El compañero ó compañera que estafa á cualquiera persona, que la roba, que la mata, que la seduce ó engaña, es un criminal, aun cuando ese daño lo haga á un burgués. El compañero ó compañera, afable, humilde y complaciente con el amo, tanto como irascible, déspota y tirano con el aprendiz, merece que el Socialismo lo ahorque y pulverice, si la pena de muerte cupiera en nuestro triunfo que no cabe, pero, en cambio, lo punirá con hambre y con desprecio.

Sentir lo que se dice y hacer lo que se habla: ese es nuestro deber. Menos mentira y más verdad. Menos egoísmo y más altruismo ó sea solidaridad. Cuando nos honremos con el dulce título de compañeros, serlo, en toda la extensión de la palabra. Cuando nuestros hermanos se equivoquen tratarlos con piedad y con amor, atraerlos con razones y no rechazarlos con insultos. Más daño que toda la burguesía, nos ha hecho y hace la disputa y la terquedad, ó sea la ignorancia con que tratamos las cuestiones.

Organización y propaganda incesante contra la burguesía. ¡Fuera desunión y huelgas de la producción! ¡Fuera teología! Dejémoslos de definiciones y distingos dentro del Socialismo, que nunca pueden dar otro resultado que la confusión y el odio.

Harto sufrimos los pobres con los pesares de la escasez, sin que los acibaremos con el rencor y las necesidades de los que ignoran cuánto vale el pan ganado con el sudor de la frente.

Basquemos ciencia: seamos amigos de los que estudian.

Las inteligencias verdaderamente elevadas militan en nuestro favor, porque nos asisten la razón y el derecho, sin los cuales no hay justicia. Falta que todos los dedicados al trabajo intelectual, del cual vivan sin explotación, vengan a nuestro lado y se penetren de que el puñado de oro con que el burgués los compra, convirtiéndolo al talento en vil mercenario del negocio, ni es tanto ni tan digno como el bien y utilidades que reportarán empleando sus fuerzas en pro de la emancipación.

A ellos y a todos los trabajadores conviene hacer tabla rasa con el pasado, separándose de todo comercio con los privilegiados. Nuestro Congreso de Zaragoza declaró solemnemente abierta la guerra social contra la burguesía y, por desgracia, son pocos, hasta ahora, los Compañeros que han perseverado en la fiera actitud, costumbres y virtuosa energía que tan grave declaración exige.

Acometiendo a los políticos, nos falta, por desidia, hacer nuestra política. Anatematizando las religiones, todavía no hemos coordinado ni observamos la religión de la humanidad. Odiando al signo de la funesta propiedad de hoy... la moneda, continuamos rindiéndole homenaje y anhelos.

Por qué habitamos en las cuevas ó buhardillas de las opulentas mansiones burguesas? ¿Por qué recibimos humildes y agradecidos, como el perro que menea la cola, el mendrugo ó la limosna con que, no nos socorren, sino que nos insultan los vanos é hipócritas filántropos del día?

Es menester que nos hagamos más altivos: es menester que prefiramos una choza, una cabaña, la vivienda más miserable, con tal que esté situada entre nosotros, al edificio del millonario ó del Estado...

¿Por qué no se retira el proletariado al monte Aentino, construyendo chozas ó tiendas de campaña al lado de las grandes poblaciones y yendo a vivir aislado para no pagar alquileres?

Cuando gobiernos, como el que hoy rige a España, cierran todas las válvulas de la libertad ó escasos derechos que arrancamos de la burguesía, y arrojando la máscara, exigen nuestra esclavitud ó la vida, nosotros debemos aliarnos con todos los revolucionarios del orbe, nosotros debemos apelar a todos los medios y sin aplaudir a la más inícuca de las sociedades, a la Compañía de Jesús, debemos justificar los hechos con el fin. Ellos pretenden ser la geología de la evolución hacia el retroceso, nosotros seremos el impulso volcánico que transforme esta época, destruyéndola y superponiéndola la nuestra, la de la justicia.

Y vosotros, desdichados entre los Compañeros, que os esforzáis en ser laboriosos y productivos para el burgués; vosotros los que cándidamente creéis que teniendo buenos puños y mucha fuerza corporal, para ponerlos al servicio del explotador y de cuando en cuando dar un porrazo a otro Compañero sois dignos, no olvidéis que mientras la fuerza física humana se esclavice en la producción, habráamos directores nuestros intelectualmente; y el Trabajador de hoy, parodiando al gladiador romano, habrá de decir, cuando pase delante de aquellos: ¡Señor, el que va a trabajar es tu esclavo!

Nosotros, hemos de interesarnos por nosotros mismos. No escuchemos a la esfinge, a la sirena, al cocodrilo infame, que, creando sociedades protectoras de plantas y animales, cobra prima a la prostitución, estruja, hasta la última gota, el zumo del limón llamado obrero para arrojarlo después al muladar; vende al negro y al blanco, hace empresa comercial del periódico, del libro y de la ciencia, de dios, del diablo y de la familia, cotizando hasta su mismo honor y persona. ¡Ese es el burgués! Hemos de convertirlo y si no puede ser abandonarlo.

Y para acelerar su derrota, preparemos: ¡El paro general!

¡Cuántos y cuán variados comentarios produjo, entre amigos y burgueses, la anunciación de la idea del *paro general*, expuesta en lo transcrito! Si, entonces, algunos compañeros, la cre-

yeron utopia irrealizable, nuestros enemigos nos honraron calificándola de criminal locura; y no obstante, á los dos años era práctica en Chicago, por acuerdo de la poderosa Asociación los *Knights of labor* (caballeros del trabajo) recibiendo el bautismo de sangre en los nobilísimos mártires del 11 Noviembre; á los seis años se ensayaba, universalmente, en el 1.º de Mayo, y á los 17 ó 18, se ha convertido en la palabra de orden ó consigna, que *expontáneamente*, guía al combate al proletariado latino y á no pequeña parte del anglo-sajón, slavo y otros pueblos de la tierra. Nuestro gozo, es inmenso. Nuestra satisfacción, indecible. Hallamos el diamante en bruto y ahora, innúmeros lapitarios lo tallan y pulen con destreza tanta, con gallardía tan fecunda, que, ante su brillo, depuestos los amores propios y medios de lucha á que otras veces rendimos culto, exclamamos con pleno convencimiento y fe en el cercano triunfo de la revolución obrera: ¡Viva la huelga general!

José López Montenegro

Estamos de tal modo embrollados en la multitud de leyes religiosas, sociales y domésticas que nos hemos impuesco, hemos inventado tantos mandamientos, como dice Isaías, regla sobre regla para ésto, una regla para aquello, que hemos perdido completamente el sentido de lo que es bueno y de lo que es malo. El uno dice misa, el otro recluta el ejército ó el impuesto militar, un tercero juzga; un sexto enseña; todos en fin se desembarazaron del trabajo del pan, lo echan sobre los otros, y olvidan que hay hombres que mueren de fatiga y de hambre. Pero antes de dar al pueblo sacerdotes, soldados, jueces, médicos, profesores, convendría saber que no se muere de hambre.

TOLSTOI

El delirio de la Guerra

Y

Las Instituciones Militares

La función crea el órgano. Es una ley de biología universal que rige al mundo orgánico desde el protozoario, á través de toda la escala zoológica, hasta el hombre. A medida que van aumentando las funciones se complican los órganos y ese número considerable y complicadísimo de órganos que componen el cuerpo humano, es debido á la enorme diversidad de funciones que, á través del tiempo, iban diferenciándose, obedeciendo á la división del trabajo, única y exclusiva ley del perfeccionamiento de las especies.

Esa ley puramente biológica rige también en el campo sociológico. Toda función social crea un órgano, una institución, que crece y se desarrolla á medida que se perfecciona la función; pero, una vez desaparecida ésta, se atrofia el órgano, la institución se hace inútil y con el tiempo desaparece; lo mismo que desaparece un órgano, en los seres vivos, que ha perdido su función durante muchas generaciones.

El militarismo, hoy día, institución inútil, y más que inútil, peligrosa (porque desde que un órgano ha perdido su función se hace peligroso para el organismo que lo contiene) tiene su origen social é histórico bien justificable, y más justificable todavía su separación, desde que ya ha cumplido con su misión.

El hombre primitivo se armaba con lanza y flecha, primeramente, para cazar y defenderse de las fieras, y después contra su semejante, más salvaje

que él. La reunión de hombres, las familias y tribus se armaban obedeciendo siempre á la suprema función de la conservación individual de la especie, ya para proveerse de alimentos, ya para defender sus vidas; y en un principio todos los hombres eran guerreros, toda la tribu era militar.

La división del trabajo creando nuevas funciones hace aparecer la propiedad y con ella la esclavitud; y del conjunto de los hombres se separa una casta de guerreros que se coloca entre esclavos y propietarios para mantener la distancia de unos y otros. Ya su función no es la primitiva; de defensora pasa á ser opresora y tirana.

La propiedad crea la rivalidad de una tribu á otra, de un pueblo á otro. Y la guerra de interna pasa á ser también externa.

Se complica la función y con ella la institución.

Llega un momento histórico en el cual la guerra es un estado permanente y normal, y la paz transitoria y anormal.

La falta de conocimientos para dominar la naturaleza, la falta de instrumentos de trabajo y por lo tanto de medios de vida aumentan las rivalidades individuales y colectivas y la guerra se hace cruenta y cruel pereciendo en los campos de batalla dos terceras partes de la humanidad.

Pero á medida que aumentan los conocimientos, y el hombre se hace dueño de la naturaleza creando los poderosos medios de producción y la inmensa riqueza social, la rivalidad de los hombres ha de desaparecer, siendo sustituida por la solidaridad humana; y la guerra-función como el militarismo-institución han de desaparecer también desde que pierden su papel histórico social.

Si todavía persisten las rivalidades individuales y colectivas, si todavía persisten la guerra y el militarismo llegados á su máximo de desarrollo después de tantos siglos de función, es debido exclusivamente á la energía de los hombres y al atavismo de sus sentimientos.

Económicamente las rivalidades empiezan á desaparecer, y desaparecerán del todo en un tiempo más ó menos largo.

Históricamente la guerra-función y por lo tanto necesidad ha desaparecido ya. Si la institución militar vive y es vigorosa todavía, es en virtud de la ley de que todo órgano sobrevive á su función, pero su atrofia y muerte es fatal é inevitable.

Ya el militarismo empieza á flaquear. Y bien lo demuestran las últimas guerras. Ejércitos enormes como los ingleses y norte-americanos son derrotados por puñados de hombres no militarizados como los boers y filipinos; el espíritu guerrero ha desaparecido ya. Los pueblos reconocen el monstruoso crimen de la guerra.

Un rayo de luz empieza á iluminar el fondo oscuro de la conciencia humana.

El viejo tronco tambalea bajo el inmenso soplo del progreso humano.

Es cierto, sus raíces son todavía hondas y fuertes; pero nada resiste al pico y al azadón de las ideas nuevas. ¡A cortar, pues, las raíces, y el viejo tronco caerá! ¡A destruir las causas y el militarismo morirá!

E. Dickmann

Solamente los burgueses tienen interés en la guerra; ésta les permite conservar los ejércitos que imponen al pueblo el respeto y la defensa de sus instituciones; por ella exportan los productos de sus industrias á los golpes de cañón que les facilitan nuevos mercados; ellos solamente suscriben los empréstitos; nosotros, los trabajadores, somos los únicos en satisfacer su importe é interés.

JUAN GRAVE

Para principio de año tenemos en proyecto un número extraordinario, con material verdaderamente escogido, que se venderá á 10 céntimos.

TEMPESTADES

Como produce estancamiento insano si es duradera, la apacible calma, amo la tempestad embravecida, que esparce los efluvios de la vida al romper en los cielos ó en el alma.

El rugiente Océano,
cuando le azotan roncros vendabales,
se corona magnífico de espumas,
cuya en su seno perlas y corales
y vida emana levantando brumas;
y el pantano sereno,
traidor oculto bajo verde lama,
asilo es de reptil, y forma el cieno
que, impalpable, mortífero veneno
por la tranquila atmósfera derrama.

Cuando se tiende, como negro manto
en azul fluido
espesa nube, produciendo espanto,
súbite el rayo rásgala encendido,
resuena conmoción aterradora,
y el nublado espantoso, estremecido,
en lluvia se deshace bienhechora,

Cuando chocan las nubes en la mente
vibra y relampaguea
como rayo fulgente
la luminosa idea,
con voz de trueno la palabra brota,
y el nublado iracundo
se deshace cayendo gota á gota
en lluvia de verdades sobre el mundo.

En el fondo del mal el bien palpita;
el ánimo, enervado en los placeres,
cobra en la adversidad fuerza infinita,
y en el laboratorio de los seres
todo aquello que ha muerto resucita.

La tormenta es presagio de bonanza;
del desengaño nace la experiencia,
de la duda la ciencia

y del triste infortunio la esperanza.

Un espinoso arbusto da la rosa;
sale volando de la larva inerte
como una alada flor la mariposa;
brilla el iris en nube ennegrecida
y bullen en el seno de la muerte
los gérmenes fecundos de la vida.

La gloria es grande si la lucha es fuerte;
la estatua á golpe de cincel se labra,
la tierra con el hierro del arado,
y el error de su altar cae desplomado
al golpe inmaterial de la palabra.
El seno se desgarró al nacimiento;
el ideal se prueba en el martirio;
la virtud es combate turbulento,
el genio tempestad, fiebre, delirio;
al soplo del simoun crecen las palmas,
surgen de las borrascas las centellas,
del incendio del caos las estrellas
y el amor del incendio de las almas.

José P. Velarde

La última batalla

(De la novela *Trabajo*.)

AH! ¡La última guerra, la última batalla! Fueron tan terribles, que los hombres han roto para siempre sus espadas y sus cañones... Era el comienzo de las grandes crisis sociales que acaban de renovar el mundo, y yo he sabido estas cosas por boca de seres cuya razón se había entenebrecido á consecuencia del choque supremo entre las naciones.

En la delirante crisis de los pueblos, ya llevando en su seno la sociedad futura, una mitad de Europa se arrojó sobre la otra, y los continentes siguieron y las escuadras chocaron sobre todos

los océanos, por la dominación de las aguas y de la tierra. Ni una nación quedó descartada; encadenadas las unas á las otras, dos ejércitos inmensos entraron en línea de combate, enardecidos por furores ancestrales, resueltos á aniquilarse, como si en los campos vacíos y estériles hubiera, de entre dos hombres, uno de más...

Y los dos ejércitos inmensos de hermanos enemigos se encontraron al centro de Europa, en vastas llanuras, donde millares de seres podían extrangularse. En leguas y leguas, las tropas se desplegaron, seguidas de otras tropas de refresco, un tal torrente de hombres, que durante un mes, la batalla duró. Cada día había nueva carne humana para las balas y bombas. No se tomaban el trabajo siquiera de recoger los muertos; el montón formaba montañas, detrás de las cuales regimientos nuevos, invisibles, venían á hacerse matar. La noche no detenía el combate y se degollaba en la sombra.

El sol, en cada una de sus auroras, alumbraba mares de sangre, un campo de matanza en el que la horrenda cosecha hacinaba los cadáveres en pirámides altas, muy altas... Por todas partes fulminaba el rayo; cuerpos de ejército enteros desaparecían como arrebatados por un trueno.

Los combatientes no tenían ni necesidad de aproximarse, ni de verse; los cañones mataban del otro lado del horizonte, lanzaban bombas cuya explosión arrasaba hectárras de terreno, asfixiaba, envenenaba. Del mismo cielo, una porción de globos lanzaban proyectiles, incendiando las ciudades al paso. La ciencia había inventado explosivos, máquinas capaces de llevar la muerte á distancias prodigiosas; de tragarse bruscamente todo un pueblo, como en un terremoto... ¡Y qué monstruosa matanza en la última noche de aquella batalla gigante!

Jamás parecido sacrificio humano había humeado bajo el cielo. Más de un millón de hombres yacían allá, en los vastos campos desvastados, á lo largo de los ríos, al través de las praderas. Podíase caminar horas y horas, días y días, hallando siempre soldados muertos, con los ojos desmesuradamente abiertos, clamando la locura humana por sus bocas vacías y negras... Y aquella fué la última batalla, y de tal suerte el espanto heló los corazones, que al despertar de la atroz borrachera, todo el mundo comprendió que la guerra no era ya posible, vencida por la ciencia todopoderosa, soberana, creadora de vida y no de muerte.

ZOLA

El hombre es virtuoso por instinto.

FRANCISCO COOPÉ

CRECED Y MULTIPLICAOS

CUANDO hubieron visto los jardines, las terrazas, y, á la entrada del parque, la casa del jardinero, rodeada de flores y de viñas vírgenes, ellos volvieron con el alma suspensa, con el alma angustiada, lentamente, sin hablarse, hacia el pórtico en que estaba la condesa contemplando con miradas de amor á sus tres hijos que jugaban en la yerba, vigilados cuidadosamente por el ama.

Se detuvieron respetuosamente á veinte pasos de distancia; el hombre con el sombrero en la mano y los ojos bajos, la mujer con su sombrero de paja tosca en la cabeza y una actitud humilde, rayana en timidez.

—Vamos, acercaos! dijo la condesa con una voz dulce, alentadora.

Mudos por el servilismo heredado y sin mirar á la condesa—acaso temiendo mancharla con las chispas de sus miradas plebeyas—avanzaron algunos pasos, vacilando, y con gesto mecánico y simultáneo, ambos cruzaron las manos sobre el vientre.

Y bien—dijo la condesa—lo habéis visitado todo?

Es muy buena la señora condesa, balbuceó el hombre... Es muy grande... Es muy bello... Ah! es soberbia esa propiedad... Hay bastante trabajo!

—Y soy muy exigente, os prevengo. Muy justa, pero muy exigente... Yo quiero flores, flores en todas partes.

—Ah! señora, el trabajo no me cansa. Cuan-to más hay, más contento estoy. En cuanto á las flores... teniendo buenos brazos, gusto, y—con perdón de usía—mucha resaca, se tiene lo que se desea...

Después de una pausa, siguió

—Mi mujer es muy activa, muy atenta; parece débil, así, al verla... pero le aseguro que nadie se entiende tan bien como ella con los animales...

La condesa interrumpió:

—¿Os agrada vuestra habitación?

—¡Oh, es muy hermosa! Casi es demasiado grande para nosotros que somos gente pobre! Solamente...

El hombre vaciló, asustado por lo que iba á decir.

—¡Solamente, qué? dijo la condesa, después de un silencio que aumentó la emoción del pobre hombre.

Este apretó lo gorra entre las manos, y, tartamudeando:

Es... que... no nos bastará, para comer, el salario que V. nos ofrece...

—No debe olvidarse que aquí tendréis casa y frutas y que yo cada mes regalo una docena de huevos á mis siervos, y cada semana dos litros de leche... es enorme!

—¡Ah! la leche... los huevos... balbuceó el hombre, y mirando á su mujer con tono de consulta:

—¡Es algo!... eso nos ayuda un poco!...

—Sí, ayuda un poco, dijo ella; y además la señora hace algún aguinaldo para año nuevo y pascuas?

—¡No! nada,

—Sin embargo, se acostumbra.

—Yo no lo acostumbro—respondió secamente la condesa, no dejando lugar á réplica,—Y agregó:

—¿Desde cuando estais casados?

—Hace cuatro años—dijo la mujer.

—Tenéis hijos?

—Tuvimos una mujercita que ha muerto.

—Es bueno... es bueno...—dijo con negligencia la condesa.—Pero sois jóvenes y todavía podéis tenerlos.

A LOS ZAPATEROS

Los maestros zapateros se han constituido en asociación. Nos alegramos. Así los operarios se verán más obligados a imitarles.

A pesar de los esfuerzos realizados y de la propaganda de algunos, los operarios zapateros de Menorca se muestran rehacios a la asociación, como si no quisieran comprender las ventajas que el asociarse les reportaría.

En todo el mundo los trabajadores de todos los oficios procuran el mejoramiento de los precios y la disminución de horas del trabajo; y mientras tanto los zapateros de Mahón, tan ilustrados, de ideas tan avanzadas, como han demostrado en las luchas políticas, en estos asuntos que personalmente les afectan permanecen estacionados, indiferentes, resignados como los obreros más ignorantes del mundo.

Quizá muchos creen que no hay nada que hacer, como si estuvieran en el mejor de los mundos posibles; cuando el trabajo es abundante porque se contentan con lo que ganan, cuando escasea y es mal pagado, porque les faltan energías para la protesta; siempre duermen, nunca es para ellos ocasión de luchar ni de procurar las mejoras que podrían lograrse con una asociación firme, unánime, con verdadero espíritu de clase.

El trabajar a destajo (*escarada*) a domicilio, por ejemplo, es una gran desgracia; porque eso hace que los operarios hayan de trabajar muchas más horas de las que la salud permite para ganar solamente lo necesario para la vida. Si se trabajase a jornal en un taller, reunidos muchos trabajadores, no pasarían muchos de los abusos que hoy son corrientes. Por de pronto podría lucharse por regularizar las horas y el precio del jornal, lo que ahora es imposible. Mientras se trabaja a destajo el tipo de remuneración por cada par confeccionado será muy pequeño, acomodado a lo que pueda ganar para lo necesario para la vida un operario aventajado trabajando todas las horas del día y muchas de la noche. Si un día dado todos los operarios se decidiesen a trabajar más horas, a fin de ganar un poco más de lo necesario, bien pronto el precio de la mano de obra bajaría, pues la regla universal de la retribución del trabajo es lo indispensable para vivir el trabajador en cada país y solo las circunstancias accidentales modifican alguna vez esta ley económica, pero no por mucho tiempo, pues todo tiende al equilibrio.

Tratar de estas cosas, discutir las y obrar cuando sea conveniente, esta es la misión de las sociedades obreras. ¡Lástima que los zapateros de Menorca no sepan comprenderlo! En el pecado llevarán la penitencia.

Por de pronto, veremos el efecto que les produce el ejemplo de sus patronos.

Un compañero

Ha muerto en Madrid el venerable anciano Don Francisco Pi y Margall, el pensador más profundo y sincero que ha tenido España.

Pasarán los hombres que le han conocido, serán olvidados los prestigios de los que fueron más afortunados en la política; pero el nombre de Pi y Margall será engrandecido por las generaciones venideras, mejor comprendido a medida que la humanidad avanza por el camino del progreso intelectual y de la verdadera fraternidad.

OBISPERÍAS

DICEN que el obispo Castellote ha sido trasladado a otra diócesis.

No nos alegremos.

Otro vendrá que bueno le hará.

El cardenal Casañas, según dicen los telegramas, ha insultado la memoria de Pí y Margall desde el púlpito de la catedral de Barcelona.

Lo que debiera procurar ese Casañas, es asemejarse a Pí en sabiduría ó en honradez.

Muerta el águila que se cernía en las alturas, el cuervo quiere picotear en la carne muerta.

Los obispos quedaron en ridículo ante los señores graves del Senado.

Resultaron muy inferiores a los políticos; y no se tome esto como una alabanza para estos últimos.

Ni ciencia, ni talento natural, ni siquiera oratoria. Nada. Dicen algunos que esto es un descenso, pero no lo ereemos; siempre fueron como son, solo que en los pasados tiempos la universal ignorancia daba cierta notoriedad a los pedantes que habían aprendido de memoria cuatro textos vulgares. Hoy esto ya no sirve, ni siquiera en el Senado.

Se comprende que tales gentes odien a Pí y Margall é insulten su memoria.

Los periódicos escriben tiernos y sentimentales artículos sobre la enfermedad del Papa. Parece que el pobrecito ha perdido la inteligencia, que *chochea*. Pocos días antes le llamaban *la primera inteligencia de Europa*. De pronto se han dado cuenta de que era ya demasiado viejo y han creído prudente no continuar la farsa.

Sin embargo, no debe olvidarse que está declarado infalible, que sus palabras las inspira el Espíritu Santo. Y si declarar que el Obispo de Roma ha perdido la salud intelectual no es cosa grave ni comprometedora, en cambio no habrá católico que se avenga a sacar la consecuencia; no puede católicamente decirse que la paloma de la trinidad chochea.

SOCIEDAD DE PANADEROS

Los operarios asociados han solicitado de los patronos que no admitan en sus panaderías a los operarios que no pertenezcan a la asociación.

A la hora que escribimos no sabemos el resultado de la demanda, pero no podemos menos de aplaudirla. No solo es justa, sino absolutamente necesaria; lo que sentimos es que haya habido necesidad de formularla, pues esto nos prueba que aún existen obreros tan desconocedores de sus intereses que espontáneamente no buscan la asociación a todo trance. Sin embargo, no es posible que los obreros conscientes se sujeten a continuar cohibidos por los tontamente indiferentes, ni privados de medios de acción porque los ignorantes no comprenden lo que les conviene.

Hay que apartar los estorbos que impiden el mejoramiento de los trabajadores; tanto si éstos estorbos los ponen los patronos egoístas como si los ponen los compañeros ignorantes.

—Ah! señora... no se sabe nada... eso viene más fácilmente que cien pesos de renta...

Los ojos de la condesa asumieron un aire de cruel severidad:

—Yo no quiero niños; absolutamente no los quiero! Si llegais á tener uno, os tendré que echar... inmediatamente! Eso grita, corre, estorba, destruye! Así que ya sabéis, tomad vuestras disposiciones...

A esa declaración la mujer sintió que su corazón se hinchaba. Tuvo ansias de llorar... Los niños seguían jugando sobre el césped, los tres niños rubios, rosados y bien gruesos de la condesa. Habría querido pegarles, é injuriar y pegar á la mujer rica que sonriendo en su egoísta bienestar acababa de pronunciar esas palabras... Pero se contuvo.

—Tendremos cuidado... veremos—respondió con voz de dolor.

—Eso es! tengan mucho cuidado!... Es una costumbre mía y no transijo.

Y agregó con una entonación acariciante, casi afectuosa:

—Además, cuando no se es rico, creedme, es mejor no tener hijos.

El hombre, para agradar á su futura ama, agregó:

—Seguramente! Seguramente!... La señora condesa tiene razón.

Sin embargo un odio latía en él. El relámpago salvaje que iluminó sus ojos, desmentía el servilismo de sus palabras. Este fulgor de muerte no lo vio la condesa, que instintivamente había clavado su mirada en el vientre de la mujer que acababa de condenar á la esterilidad.

El arreglo se hizo; la condesa repitió sus recomendaciones, agregando que era un deber ir á misa todos los domingos y comulgar á menudo.

Se fueron, tristes, compungidos. A poco andar, la mujer, cansada, se detuvo y desató el corse que la oprimía.

Su vientre, largo tiempo comprimido, denunció con su redondez característica, el sello de la maternidad, el crimen.

Se detuvieron al llegar á una taberna y se hicieron servir un poco de sopa.

—Porqué no dijiste que estoy preñada?

—Ah! respondió el hombre; para que nos echara! Tres meses estamos sin trabajo, sin pan y sin hogar! Cómo viviríamos! El hombre en este mando no debe morir de hambre... hasta para los perros hay siempre un hueso.

—Calla... y dentro de un mes no será lo mismo?

—Si tú fueras una mujer! Ah!... Irías á visitar á la vieja Mariana... Ella tiene hierbas para estas cosas antes de tiempo... ni visto, ni conocido!...

La mujer echó á llorar, gimiendo entre sus lágrimas:

—No digas eso!... no lo digas!... no lo digas!... Eso trae desgracia....

Octavio Mirbeau